

otros árboles, y que en ninguna manera podrian pasar los caballos por él. Cortés les preguntó si habian visto gente, y como dijeron que no, adelantóse con todos los de caballo y con algunos españoles de pié, y mandó á los demás que con todo el ejército y artillería caminasen apriesa, y que le siguiesen mil indios, con los cuales comenzó á quitar los árboles del camino; y como iban viniendo los otros, iban apartando las ramas y troncos; y así limpiaron y desembarazaron el camino, y pasó la artillería y caballos sin peligro ni daño, aunque con trabajo de todos, y cierto si los enemigos estuvieran allí no pasaran, y si pasaran, fuera con mucha pérdida de gente y caballos, por ser aquello fragoso, de muy espeso monte. Mas ellos, pensando que no iria por aquella parte nuestro ejército, contentáronse con cegar el camino y pusieron en otros pasos mas llanos; que tres caminos hay para ir de Tlaxcallan á Méjico, y Cortés escogió el mas áspero, pensando lo que fué, ó porque alguno le avisó que los enemigos no estaban en él. En pasando aquel mal paso, descubrieron las lagunas; dieron gracias á Dios, prometieron de no tornar atrás sin ganar primero á Méjico ó perder las vidas. Repararon un rato para que todos fuesen juntos al bajar á lo llano y raso, porque ya los enemigos hacian muchas ahumadas, y comenzaban á darles grita y apellidar toda la tierra, y habian llamado á los que guardaban los otros caminos, y querian tomarlos entre unas puentes que por allí hay; y así, se puso en ellas un buen escuadron; mas Cortés les echó veinte de caballo, que los alancearon y rompieron. Llegaron luego los demás españoles, y mataron algunos, desocuparon el camino, y sin recibir daño llegaron á Cuahutepec, que es jurisdicción de Tezcucó, do aquella noche durmieron. En el lugar no habia persona, pero cerca dél estaban mas de cien mil hombres de guerra, y aun mas, de los de Culúa, que enviaban los señores de Méjico y Tezcucó contra los nuestros; por lo cual Cortés hizo ronda y vela de prima con diez de caballo. Apercibió su gente y estuvo alerta; pero los contrarios estuvieron quedos. Otro dia por la mañana salió de allí para Tezcucó, que está á tres leguas, y no anduvo mucho, cuando vinieron á él cuatro indios del pueblo, hombres principales, con una banderilla en una barra de oro de hasta cuatro marcos, que es señal de paz, y le dijeron cómo Coacnacoyocin, su señor, los enviaba á rogarle que no hiciese daño en su tierra, y á ofrecérsele, y á que se fuese con todo su ejército á se aposentar á la ciudad; que allá seria muy bien hospedado. Cortés holgó con la embajada, aunque le pareció fingida. Saludó al uno dellos, que lo conocia, y respondióles que no venia para hacer mal, sino bien, y que él recibiria y ternia por amigo al señor y á todos ellos con tal que le volvieran lo que habian tomado á cuarenta y cinco españoles y trecientos tlaxcaltecas que mataran dias habia, y que las muertes, pues no tenian remedio, les perdonaba. Ellos dijeron que Moteczuma los mandara matar, y se habia tomado el despojo, y que la ciudad no era culpante de aquello; y con esto se tornaron. Cortés se fué á Cuahutichan y Huaxuta, que son como arrabales de Tezcucó, donde fueron él y todos los suyos bien proveidos. Derribó los ídolos; fuése luego á la ciudad, y posó en unas grandes

casas, en que cupieron todos los españoles y muchos de sus amigos; y porque al entrar no habia visto mujeres ni muchachos, sospechóse de traicion. Apercibióse, y mandó pregonar que nadie, so pena de la vida, saliese fuera. Comenzaron los españoles á repartir y aderezar sus aposentos, y á la tarde subieron ciertos dellos á las azoteas á mirar la ciudad, que es tan grande como Méjico, y vieron cómo la desamparaban los vecinos y se iban con sus batos, unos camino de los montes, y otros por agua, que era cosa harto de ver el bullicio de veinte mil ó mas barquillas que andaban sacando gente y ropa. Quiso Cortés remediarlo; pero sobrevino la noche y no pudo, y aun quisiera prender al señor; mas él fué el primero que se salió á Méjico. Cortés entonces llamó á muchos de Tezcucó, y díjoles cómo don Fernando era hijo de Nezauapilcintli, su amado señor, y que le hacia su rey, pues Coacnacoyocin estaba con los enemigos, y habia muerto malamente á Cúcuzca, su hermano y señor, por codicia de reinar y á persuasion de Cuahutimocin, enemigo mortal de españoles. Los de Tezcucó comenzaron de venir á ver su nuevo señor y á poblar la ciudad, y en breve estuvo tan poblada como antes; y como no recibian daño de los españoles, servian en cuanto les era mandado, y el don Fernando fué siempre amigo de españoles. Aprendió nuestra lengua; tomó aquel nombre por Cortés, que fué su padrino de pila. De allí á pocos dias vinieron los de Cuahutichan, Huaxuta y Autenco á se dar, pidiendo perdon si en algo habian errado. Cortés los recibió, perdonó, y acabó con ellos que se tornasen á sus casas con hijos, mujeres y haciendas; que tambien ellos se eran idos á la sierra y á Méjico. Cuahutimoc, Coacnacoyocin y los otros señores de Culúa enviaron á reñir y reprehender á estos tres pueblos porque se habian dado á los cristianos. Ellos prendieron y trajeron los mensajeros á Cortés, y él se informó dellos de las cosas de Méjico, y los envió á rogar á sus señores con la paz y amistad; mas poco le aprovechó, ca estaban muy determinados en la guerra. Anduvieron entonces ciertos amigos de Diego Velazquez por amotinar la gente para volverse á Cuba y deshacer á Cortés. Él lo supo, y los prendió y tomó sus dichos. Por la confesion que hicieron condenó á muerte á Antonio de Villasaña, natural de Zamora, por amotinador, y ejecutó la sentencia. Con lo cual cesó el castigo y el motin.

El combate de Iztacpalapan.

Ocho dias estuvo Cortés sin salir de Tezcucó, fortaleciendo la casa en que posaba; que toda la ciudad, por ser grandísima, no podia, y basteciéndose por si le cercasen los enemigos, y después, como no lo acometian, tomó quince de caballo, docientos españoles, en que habia diez escopetas y treinta ballestas, y hasta cinco mil amigos, y fuése la orilla adelante de la laguna á Iztacpalapan derecho, que está cinco leguas de allí. Los de la ciudad fueron avisados por los de la guarnicion de Culúa, con humos que hicieron de las atalayazas, como iban sobre ellos españoles, y metieron su ropa y las mujeres y niños en las casas que están dentro en la agua; enviaron gran flota de acalles, y salieron al camino dos leguas muchos, y á su manera bien armados

y hechos escuadrones. No pelearon á hecho, sino tornáronse al pueblo escaramuzando, con pensamiento de meter y matar allá los enemigos. Los españoles se metieron á revueltas dentro, que era lo que querian, y pelearon reciamente hasta echar los vecinos á la agua, donde muchos dellos se ahogaron; mas como son nadadores, y no les daba sino á los pechos, y tenian muchas barcas que los recogian, no murieron tantos como se pensaba. Todavía mataron los de Tlaxcallan mas de seis mil, y si la noche no los despartiera, mataran hartos mas. Los españoles hobieron algun despojo, pusieron fuego á muchas casas y comenzáronse de aposentar; mas Cortés les mandó salir fuera á mas andar, aunque era muy noche, porque no se ahogasen; que los de la ciudad habian abierto la calzada, y entraba tanta agua, que lo cubria todo; y cierto si aquella noche se quedaran allí, no escapaba hombre de su compañía, y aun con toda la priesa que se dió, eran las nueve de la noche cuando acabaron de salir. Pasaron el agua á volapié; perdióse todo el despojo, y ahogáronse algunos de Tlaxcallan. Tras este peligro tuvieron muy mala noche de frio, como estaban mojados, y de comida, como no pudieron sacarla. Los de Méjico, que todo esto sabian, dieron sobre ellos á la mañana, y fuéles forzado irse á Tezcucó, peleando con los enemigos que los apretaban recio por tierra, y con otros que salian del agua; y ni podian dañar á estos, que se acogian luego á sus barquillos, ni osaban meterse entre los otros, que eran muchos; y así, llegaron á Tezcucó con grandísimo trabajo y hambre. Murieron muchos indios de nuestros amigos y un español, que creo fué el primero que murió peleando en el campo. Cortés estuvo triste aquella noche, pensando que con la jornada pasada dejaba mucho ánimo á los enemigos, y miedo á otros, que no se le diesen; mas luego á la mañana vinieron mensajeros de Otompan, donde fué la nombrada batalla que Cortés venció, segun atrás se dijo, y de otras cuatro ciudades, que están cinco ó seis leguas de Tezcucó, á pedir perdon por las guerras pasadas y ofrecerse á su servicio, y á rogarle los amparase de los de Culúa, que los amenazaban y maltrataban, como hacian á todos los que se le daban. Cortés, aunque les loó y agradeció aquello, dijo que si no le traian atados los mensajeros de Méjico, ni los perdonaria ni recibiria. Tras estos de Otompan, avisaron á Cortés cómo querian los de la provincia de Chalco ser sus amigos, y venir á dársele, sino que no les dejaba la guarnicion de Culúa, que estaba allí en su tierra. Él despachó luego á Gonzalo de Sandoval con veinte caballos y docientos peones españoles, que fuese á tomar á los de Chalco y echar á los de Culúa. Envio tambien á la Veracruz cartas; que habia mucho que no sabia de los españoles que allá estaban, por tener los enemigos atajado el camino. Fué pues Sandoval con su compañía. Lo primero procuró de poner en salvo las cartas y mensajeros de Cortés, y encaminar á muchos tlaxcaltecas que fuesen seguros á sus casas con la ropa que llevaban ganada, y luego juntarse con los de Chalco; mas como dellos se apartó, los acometieron enemigos, mataron algunos, y robáronles buena parte del despojo. Tuvo aviso dello Sandoval, acudió presto allá, y remedió mucho daño, desbaratando y siguiendo los

contrarios, y así pudieron ir á Tlaxcallan y á la Veracruz. Juntóse luego con los de Chalco, que sabiendo su venida, estaban en armas y aguardándole. Dieron todos juntos sobre los de Culúa, que pelearon mucho y muy bien; mas al cabo fueron vencidos, y muchos dellos muertos. Quemáronles los ranchos y saqueáronselos. Volvióse con tanto Sandoval á Tezcucó; vinieron con él unos hijos del señor de Chalco; trajeron á Cortés hasta cuatrocientos pesos de oro en piezas, y llorando se desculpáron, y dijeron cómo su padre cuando murió les mandó que se diesen á él. Cortés los consoló, agradeciéndoles su deseo, confirmóles el estado, y dióles al mesmo Sandoval, que los acompañase hasta su casa.

Los españoles que sacrificaron en Tezcucó.

Iba Cortés ganando de cada dia fuerzas y reputacion, y acudian á él todos los que no eran de la parcialidad de Culúa y muchos que lo eran; y así, á dos dias de como hizo señor de Tezcucó á don Fernando, vinieron los señores de Huaxuta y Cuahutichan, que ya eran amigos, á decirle que venia sobrellos todo el poder de mejicanos; que si llevarian sus hijos y hacienda á la sierra, ó los traerian á do él estaba: tanto era su temor. El los esforzó, y rogó que se estuviesen quedos en sus casas, y no tuviesen miedo, sino apercebimiento y espías; que de que los enemigos viniesen holgaba él; por eso, que le avisasen, y verian cómo los castigaba. Los enemigos no fueron á Huaxuta, como se pensaba, sino á los tamemes de Tlaxcallan, que andaban proveyendo á los españoles. Salió á ellos Cortés con dos tiros, con doce de caballo y docientos infantes y muchos tlaxcaltecas. Peleó y mató pocos, porque se acogian á la agua; quemó algunos pueblos do se recogian los de Méjico, y tornóse á Tezcucó. Al otro dia vinieron tres pueblos de los mas principales de aquella comarca á le pedir perdon, y á rogarle no los destruyese, y que no acogieran mas á hombre de Culúa. Por esta embajada hicieron castigo en ellos los de Méjico, y muchos parecieron después descalabrados delante de Cortés para que los vengase. Tambien enviaron los de Chalco por socorro, que los destruian mejicanos; mas él, como queria enviar por los bergantines, no se lo podia dar de españoles, sino remitirlos á los de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Huacacholla y á otros amigos, y darles esperanza que presto iria él. No estaban ellos nada contentos con la ayuda de aquellas provincias, sin españoles; pero todavía pidieron cartas para que lo hiciesen. Estando en esto, llegaron hombres de Tlaxcallan á decir á Cortés cómo estaban acabados los bergantines, y si habia menester gente, porque de poco acá habian visto mas ahumadas y señales de guerra que nunca. El entonces los puso con los de Chalco, y les rogó dijese de su parte á los señores y capitanes que olvidasen lo pasado y fuesen sus amigos, y les ayudasen contra mejicanos, que en ello le harian muy gran placer; y de allí adelante fueron muy buenos amigos, y se ayudaron unos á otros. Vino asimesmo de la Veracruz un español con nueva que habian desembarcado treinta españoles, sin los marineros de la nao, y ocho caballos, y que traian mucha pólvora y ballestas y escopetas. Por lo cual hicieron alegrías los nues-

tros, y luego envió Cortés á Tlaxcallan por los bergantines á Sandoval con docientos españoles y con quince de caballo. Mandóle que de camino destruyese el lugar que prendió trecientos tlaxcaltecas y cuarenta y cinco españoles con cinco caballos, cuando estaba Méjico cercado; el cual lugar es de Tezcuco y alinda con tierra de Tlaxcallan. Bien quisiera castigar sobre el mismo caso á los de Tezcuco, sino que no estaba en tiempo ni convenia por entonces; ca mayor pena merecian que los otros, porque los sacrificaron y comieron, y derramaron la sangre por las paredes, haciendo señales con ella mesma cómo era de españoles. Desollaron tambien los caballos, curtieron los cueros con sus pelos, y colgáronlos con las herraduras que tenían, en el templo mayor, y cabe ellos los vestidos de España por memoria. Sandoval fué allá determinado de combatir y asolar aquel lugar, así porque se lo mandó Cortés, como porque halló antes un poco de llegar á él, escrito de carbon en una casa: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Juste;» que era un hidalgo de los cinco de caballo. Los de aquel lugar, aunque eran muchos, lo dejaron, y huyeron en viendo españoles sobre sí. Ellos les fueron detrás siguiendo; mataron y prendieron muchos, especial niños y mujeres, que no podian andar, y que se daban por esclavos y á misericordia. Viendo pues tan poca resistencia, y que lloraban las mujeres por sus maridos, y los hijos por sus padres, hubieron compasion los españoles, y ni mataron la gente ni destruyeron el pueblo; antes llamaron los hombres y perdonáronlos, con juramento que hicieron de servirlos y serles leales; y así se vengó la muerte de aquellos cuarenta y cinco españoles. Preguntados cómo tomaron tantos cristianos sin que se defendiesen ni escapase hombre de todos ellos, dijeron que se habían puesto en celada muchos delante un mal paso una cuesta arriba, que tenia estrecho el camino, donde por detrás los acometieron; y como iban uno á uno y los caballos de diestro, y no se podian rodear ni aprovechar de las espadas, los prendieron ligeramente á todos, y los enviaron á Tezcuco, donde, como arriba dije, fueron sacrificados en venganza de la prision de Cacama.

Cómo trajeron los bergantines á Tezcuco los de Tlaxcallan.

Reducidos y castigados los que prendieron á los españoles, caminó Sandoval para Tlaxcallan, y á la raya de aquella provincia topó con los bergantines; la tablazon y clavazon de los cuales traian ocho mil hombres á cuestras. Venian en su guarda veinte mil soldados, y otros dos mil con vituallas y para servicio de todos. Como Sandoval llegó, dijeron los carpinteros españoles que pues entraban ya en tierra de enemigos, y no sabian lo que les podria acontecer, que fuese delante la ligazon y atrás la tablazon, por ser cosa de mas peso y embarazo. Todos dijeron que era bien, y que se hiciese así, salvo es Chichimecatell, señor muy principal, hombre esforzado, y capitán de diez mil que llevaban la delantera y cargo de la tablazon; el cual tenia por afrenta que le echasen atrás, yendo él delantero. Sobre esto dijo buenas cosas; mas en fin se hubo de mudar y quedar en retaguarda. Teutipil y Teuteatl y los otros capitanes, señores tambien principales,

tomaron la vanguardia con otros diez mil. Pusieronse en medio los tamemes y los que llevaban la fusta y aparejo de los bergantines. Delante destes dos capitanes iban cien españoles y ocho de caballo, y tras de toda la gente Sandoval con los otros españoles y siete caballos; y si Chichimecatell estuvo recio de primero, mas lo estuvo porque no quedasen con él los españoles, diciendo que ó no le tenían por valiente ó por leal. Concertados pues los escuadrones de la manera que oistes, caminaron para Tezcuco á las mayores voces, chiflos y relinchos del mundo, y gritando: «¡Cristianos, cristianos, Tlaxcallan, Tlaxcallan y España!» Al cuarto dia entraron en Tezcuco por ordenanza al son de muchos atabales, caracoles y otros tales instrumentos de música. Pusieronse para entrar penachos y mantas limpias, y ciertamente fué gentil entrada; que como era lucida gente, pareció bien, y como eran muchos, tardaron seis horas á entrar, sin quebrar el hilo; tomaban dos leguas de camino. Cortés les salió á recibir, dió las gracias á los señores, y aposentó toda la gente muy bien.

La vista que dió Cortés á Méjico.

Reposaron cuatro dias, y luego mandó Cortés á los maestros que armasen y clavasen los bergantines aprieta, y que se hiciese una zanja entre tanto para los echar por ella á la laguna sin peligro de quebrarse primero; y porque traian gran gana de toparse con los de Méjico, salió con ellos y con veinte y cinco caballos y trecientos españoles, en que habia cincuenta escopeteros y ballesteros: llevó tambien seis tiros. A cuatro leguas de allí topó con un gran escuadron de enemigos, en el cual rompieron los de caballo; acudieron luego los de pie y desbarataronlo; fueron en el alcance los tlaxcaltecas y mataron cuantos pudieron. Los españoles, como era tarde, no fueron, sino asentaron su real en el campo, y durmieron aquella noche con cuidado y aviso, porque habia por allí muchos de Culúa. Como fué de dia echaron camino de Xaltoca; y Cortés no dijo dónde iba, que se recelaba de muchos de Tezcuco que venian con él, no avisasen á los enemigos. Llegaron á Xaltoca, lugar puesto en la laguna, y que por la tierra tiene muchas acequias anchas, hondas y llenas de agua, á no poder pasar los caballos. Los del pueblo les daban grita, y se burlaban de verlos andar por aquellos arroyos; tirábanles flechas y piedras. Los españoles de pie, saltando y como mejor pudieron, pasaron las acequias, combatiéron el lugar, entraron, aunque con mucho trabajo, echaron fuera los vecinos á cuchilladas, y quemaron buena parte de las casas. No pararon allí, sino fuéronse á dormir una legua adelante: tiene Xaltoca por armas un sapo. Otra noche durmieron en Huatullan, lugar grande, más despoblado, de miedo. Pasaron otro dia por Tenanioacan y Accapuzalco sin resistencia, y llegaron á Tlacopan, que estaba fuerte de gente y de fosos con agua; mas, aunque algo se defendió, entraron dentro, mataron muchos y lanzaron fuera á todos; y como sobrevino la noche, recogieronse con tiempo á una muy gran casa, y en amaneciendo se saqueó el lugar y se quemó casi todo, en pago del daño y muerte de algunos españoles que hicieron cuando salian huyen-

do de Méjico. Seis dias estuvieron los nuestros allí, que ninguno pasó sin escaramuzar con los enemigos, y muchos con gran rebato, y con tanta grita, segun lo han de costumbre, que espantaba oídos. Los de Tlaxcallan, que se querian mejorar con los de Culúa, hacian maravillas peleando, y como los contrarios eran valientes, habia qué ver; especial cuando se desafiaban uno á uno ó tantos á tantos. Pasaban entre ellos grandes razones, amenazas é injurias, que quien los entendia moria de risa. Salian de Méjico por la calzada á pelear, y por coger en ella los españoles, fingian huir. Otras veces los convidaban á la ciudad, diciendo: «Entrad, hombres, á holgaros.» Unos decian: «Aquí moriréis como antaño;» otros, «fos á vuestra tierra; que no hay otro Moteczuma que haga á vuestro sabor.» Llegó Cortés un dia entre semejantes pláticas á una puente que estabaalzada; hizo señas de habla, y dijo: «Si está ahí el señor, quiérole hablar.» Respondieron: «Todos los que veis son señores; decid lo que quereis;» y como no estaba, calló, y ellos lo deshonraron. Tras esto, les dijo un español que los tenían cercados y se morirían de hambre; que se diesen. Replicaron que no tenían falta de pan; pero que cuando la tuviesen, comerían de los españoles y tlaxcaltecas que matasen; y arrojaron luego ciertas tortas de centli, diciendo: «Comed vosotros si teneis hambre; que nosotros ninguna, gracias á nuestros dioses; y tiráos de ahí, si no, moriréis;» y luego comenzaron á gritar y á pelear. Cortés, como no pudo hablar con Guahutimocin, y porque todos los lugares estaban sin gente, tornóse para Tezcuco casi por el camino que vino. Los enemigos, que le vieron volver así, creyeron que de miedo, y juntáronse infinitos dellos á darle carga, y diéronse la bien complidamente. El quiso un dia castigar su locura, y envió delante todo el ejército y la infanteria española, con cinco de caballo; hizo á otros seis de á caballo ponerse en celada al un lado del camino y cinco al otro, y tres en otra parte, y él escondióse con los demás entre unos árboles. Los enemigos, como no vieron caballos, arremeten desmandados á nuestro escuadron. Salió Cortés, y en pasando y diciendo: «Santiago y á ellos, Sant Pedro y á ellos;» que era la señal para los de caballo, y como los tomaron de través y por las espaldas, alanceáronlos á placer. Desbarataronlos á los primeros golpes, siguiéronlos dos leguas por un buen llano, y mataron muy muchos; y con tal victoria entraron y durmieron en Alcolman, dos leguas de Tezcuco. Los enemigos quedaron tan hostigados de aquella emboscada, que no parecieron en hartos dias; y aquellos señores de Tlaxcallan tomaron licencia para tornarse, y fuéronse muy ufanos y victoriosos, y los suyos ricos cargados de sal y ropa, que habían habido en la vuelta de la laguna.

La guerra de Accapichilan.

Viendo mejicanos que les iba mal con españoles, habíanlas con los de Chalco, que era tierra muy importante; y en el camino para Tlaxcallan y á la Veracruz. Los de Chalco llamaron á los de Huexococin y Huacacholla que les ayudasen; y pidieron á Cortés españoles. El les envió trecientos, y quince caballos, con Gonzalo de Sandoval; el cual fué, y en llegando con-

certó de ir á Huaztepec, donde estaba la guarnicion de Culúa, que hacia el mal. Antes que allá llegasen les salieron al encuentro aquellos de la guarnicion, y pelearon. Mas no pudiendo resistir la furia de los caballos ni las cuchilladas, se metieron en el lugar, y los nuestros tras ellos; los cuales mataron allá dentro muchos, y á los demás vecinos echaron fuera, que como no tenían allí mujeres ni hacienda que defender, no reparaban. Los españoles comieron, y dieron de comer á los caballos, y los amigos buscaban ropa por las casas. Estando así oyeron el ruido y grita que traian los contrarios por las calles y plaza del pueblo. Salieron á ellos, pelearon y á puras lanzadas los echaron otra vez fuera y los siguieron una gran legua, donde hicieron gran matanza. Dos dias estuvieron allí los nuestros, y luego fueron á Accapichilan, do tambien habia gente de Méjico. Requirieronles con la paz; mas ellos, como estaban en lugar alto y fuerte, y malo para caballos, no escucharon; antes tiraban piedras y saetas, amenazando á los de Chalco. Los indios nuestros amigos, aunque eran muchos, no osaban acometer. Los españoles arremetieron llamando Santiago, y subieron al lugar y tomáronlo, por mas fuerte y defendido que fué. Es verdad que quedaron muchos dellos heridos de piedras y varas. Entraron tras ellos los de Chalco y sus aliados, y hicieron grandísima carnicería de los de Culúa y vecinos. Otros muchos se despeñaron á un rio que por allí pasa. En fin, pocos escaparon de la muerte; y así, fué señalada victoria esta de Accapichilan. Los nuestros padescieron este dia muy gran sed, así del calor y trabajo del pelear, como porque aquel rio estuvo tinto en sangre; y no pudieron beber dél por un buen espacio de tiempo, y no habia otra agua. Sandoval se volvió á Tezcuco, y los otros cada uno á su casa. Mucho sintieron en Méjico la pérdida de tantos hombres y tan fuerte lugar, y tornaron á enviar sobre Chalco nuevo ejército, mandándole diese batalla antes que españoles lo supiesen. Aquel ejército se dió tanta prisa en hacerlo que Cuahutimocin le mandara, que no dió lugar á sus enemigos de esperar socorro de Cortés, como lo pedian y esperaban. Mas los de Chalco se juntaron todos, aguardaron la batalla, y gentilmente la vencieron con ayuda de vecinos. Mataron muchos mejicanos, y prendieron cuarenta, entre los cuales fué un capitán, y alanzaron de su tierra los enemigos. Tanto por mayor se tuvo esta victoria, cuanto menos se pensaba. Gonzalo de Sandoval tornó con los mismos españoles que primero á Chalco. Dióse prisa por llegar antes que la batalla se diese; mas cuando llegó, ya era dada y vencida; y así, se volvió luego con los cuarenta prisioneros. Con estas victorias de Chalco quedó libre y seguro el camino de Méjico á la Veracruz, y luego vinieron á Tezcuco los españoles y caballos que arriba dije; y trujeron muchas ballestas, escopetas, pólvora y pelotas, y otras cosas de España; de que nuestro ejército recibió tanto placer, cuanta necesidad tenia; y dijeron cómo habían llegado otras tres naos con alguna gente y caballos.

El peligro que los nuestros pasaron en tomar dos peñoles.

Cortés se informó de aquellos cuarenta presos que trajo Sandoval, de las cosas de Méjico y de Cuahuti-

moc, y entendió dellos la determinacion que tenian para defenderse y no ser amigos de cristianos; y pareciéndole larga y dificultosa guerra, quisiera con ellos antes paz que enemistad; y por descansar, y no andar cada día en peligro, rogóles que fuesen á Méjico á tratar paces con Cuahutimoc, pues él no los quería matar ni destruir, pudiéndolo hacer. Ellos no osaban ir con tal mensaje, sabiendo la enemiga que su señor le tenia. Mas tanto les dijo, que acabó con dos que fuesen; los cuales le pidieron cartas, no porque allá las habian de entender, sino para crédito y seguro. El se las dió, y cinco de caballo que los pusieron en salvo. Mas poco aprovechó, ca nunca tuvo respuesta; antes cuanto él mas pedía paz, mas la rehusaban ellos, pensando que de flaqueza lo hacia; y por tomarle las espaldas fueron mas de cincuenta mil á Chalco. Los de aquella provincia avisaron dello á Cortés pidiéndole socorro de españoles, y enviáronle un paño de algodón pintado de los pueblos y gente que sobre ellos venia, y los caminos que traian. El les dijo que iría en persona de allí á diez días; que antes no podía, por ser viénes Santo y luego la Pascua de su Dios. Desta respuesta quedaron tristes, pero aguardaron. Al tercero día de Pascua vinieron otros mensajeros á dar priesa por socorro, que entraban ya por su tierra los enemigos. En este medio tiempo se dieron los pueblos de Accapan, Mixcalcinco, Nautlan, y otros sus vecinos. Dijeron que nunca habian muerto español, y trajeron por presente ropa de algodón. Cortés los recibió, trató y despidió alegremente y en breve, porque estaba de partida para Chalco, y luego se partió con treinta de caballo y treientos compañeros, de que hizo capitán á Gonzalo de Sandoval. Llevó asimesmo veinte mil amigos de Tlaxcallan y Tezcuco. Fué á dormir á Tlamanalco, donde, por ser frontera de Méjico, tenian su guarnicion los de Chalco. Al otro día se le juntaron mas de otros cuarenta mil, y al siguiente supo cómo los enemigos le esperaban en el campo. Oyó misa, fué para ellos, y dos horas después de mediodía llegó á un peñol muy alto y agrio, en cuya cumbre estaban infinitas mujeres y niños, y á las haldas mucha gente de guerra, que en descubriendo el ejército de españoles, hicieron de lo alto ahumadas, y dieron tantos alaridos las mujeres, que fué cosa maravillosa, y los hombres, que mas á lo bajo estaban, comenzaron á tirar varas, piedras y flechas, con que luego hicieron daño en los que cerca llegaron, y que, descalabrados, se hicieron atrás. Combatir tan fuerte cosa era locura, retirarse parecia cobardía; y por no mostrar poco ánimo, y por ver si de miedo ó hambre se darian, acometieron el peñol por tres partes. Cristóbal del Corral, alférez de setenta españoles de la guarda de Cortés, subió por lo mas agrio. Juan Rodríguez de Villafuerte con cincuenta por otra, y Francisco Verdugo con otros cincuenta por otra. Todos estos llevaban espadas y ballestas ó escopetas. Dende á un rato hizo señal una trompeta, y siguieron á los primeros Andrés de Mojaraz y Martín de Hircio, con cada cuarenta españoles, de que tambien eran capitanes, y Cortés con los demás. Ganaron dos vueltas del peñol, y bajáronse hechos pedazos, ca no se podian tener con las manos y piés, cuanto mas pelear y subir: tanto era

de áspera la subida. Murieron dos españoles y quedaron heridos mas de veinte; y todo fué con piedras y pedazos de los cantos que de arriba arrojaban y se quebraban; y aun si los indios tuvieran algún ingenio, no dejarian español sano. Ya cuando los nuestros dejaron el peñol y se remolinaron para hacerse fuertes, habian venido tantos indios en socorro de los cercados, que cubrian el campo, y tenian semblante de pelear; por lo cual Cortés y los de caballo, que estaban á pié, cabalgaron y arremetieron á ellos en lo llano, y á lanzadas los echaron dél. Mataron allí y en el alcance, que duró hora y media, muchos. Los de caballo, que mas los siguieron, vieron otro peñol no tan fuerte ni con tanta gente, aunque con muchos lugares al rededor. Cortés se fué con todos los suyos á dormir allí aquella noche, pensando cobrar la reputacion que al día perdió, y por beber; que no habian hallado agua aquella jornada. Los del peñol hicieron la noche muy gran ruido con bocinas, atabales y gritería. A la mañana miraron los españoles lo flaco y fuerte del peñol, y era todo él harto recio de combatir y tomar; pero tenia dos padrastreros cerca, en que estaban hombres con armas. Cortés dijo que le siguiesen todos, que queria tentar los padrastreros; y comenzó á subir á la sierra. Los que los guardaban los dejaron, y se fueron al peñol, pensando que los españoles iban á combatirlo, por socorrerlo; y como él vió el desconcierto, mandó á un capitán que fuese con cincuenta compañeros y tomasen el mas agrio y cercano padrastro; y él con los demás arremetió al peñol; ganóle una vuelta, y subió bien alto; y un capitán puso su bandera en lo mas alto del cerro y disparó las ballestas y escopetas que llevaba, con que hizo mas miedo que daño; ca los indios se maravillaron, y soltaron luego las armas en el suelo, que es señal de rendirse, y diéronse. Cortés les mostró alegre rostro, y mandó que no se les hiciese mal ni enojo. Ellos, viendo tanta humanidad, enviaron á decir á los del otro peñol que se diesen á los españoles, que eran buenos, y tenian alas para subir donde querian. Por estas razones, ó por la falta que de agua tenian, ó por irse seguros á sus casas, vinieron luego á darse á Cortés y á pedir perdon por los dos españoles que mataran. El los perdonó de grado, y holgó mucho que se le diesen aquellos que con victoria estaban, porque era ganar mucha fama con los de aquella tierra.

La batalla de Xochmilco.

Estuvo allí dos días, envió los heridos á Tezcuco, y él partióse para Huaxtepec, que tenia mucha gente de Culúa en guarnicion. Durmió con todo su ejército en una casa de placer y huerta que tiene una legua, y está de piedra muy bien cercada, y que la atraviesa por medio un gentil río. Los del lugar huyeron como fué día, y los nuestros corrieron tras ellos hasta Xilotepec, que estaba descuidado de aquel sobresalto. Entraron, mataron algunos y tomaron muchas mujeres, mochos y viejos que huir no pudieron. Esperó Cortés dos días á ver si venia el señor; y como no vino, puso fuego al lugar; estando allí se le dieron los de Yautepec; de Xilotepec fué á Coahunauac, lugar fuerte y grande, cercado de barrancas hondas; no tiene entrada para

caballos sino por dos partes, y aquellas con puentes levadizas; por el camino que los nuestros fueron, no podian entrar á caballo sin arrodrear legua y media, que era muy gran trabajo y peligro. Estaban tan cerca, que hablaban con los del lugar, y tirábanse unos á otros piedras y saetas. Cortés les requirió de paz; ellos respondieron de guerra. Entre estas pláticas pasó el baranco un tlaxcalteca sin ser visto, por un paso muy peligroso, pero muy secreto; pasaron tras él cuatro españoles, y luego otros muchos, siguiendo todos las pisadas del primero; entraron en el lugar, llegaron adonde estaban los vecinos peleando con Cortés, y á cuchilladas los hicieron huir. Atónitos de ver que les habian entrado, que lo tenian por imposible, huyeron con esto á la sierra, y ya cuando el ejército entró estaba quemado lo mas del lugar. A la tarde vino el señor con algunos principales á darse, ofresciendo su persona y hacienda contra mejicanos. De Coahunauac fué Cortés á dormir, siete leguas, á unas estancias por tierra despoblada y sin agua. Pasó mal día el ejército, de sed y trabajo; al otro día llegó á Xochmilco, ciudad muy gentil y sobre la laguna Dulce; los vecinos y otra mucha gente de Méjico alzaron las puentes, rompieron las acequias, y pusieron á defenderla, creyendo que podrian, por ser ellos muchos y el lugar fuerte. Cortés ordenó su hueste, hizo apearse los de caballo, llegó con ciertos compañeros á probar si ganaria la primera albarrada; y tanta priesa dió á los enemigos con escopetas y ballestas, que aunque muchos eran, la desampararon y se fueron mal heridos. Como ellos la dejaron, se arrojaron españoles al agua; pasaron, y en media hora que pelearon, habian ganado la principal y mas fuerte puente de la ciudad. Los que la defendian se recogieron al agua en barcas, y pelearon hasta la noche, unos demandando paz, otros guerra, y todo era ardid para entre tanto alzar su ropilla y que les viniese socorro de Méjico, que no estaba de allí mas de cuatro leguas, y quebrar la calzada por do los nuestros entraron. Cortés no podia pensar al principio por qué unos pedian paz y otros no, pero luego cayó en la cuenta; y con los caballos dió en los que rompian la calzada, desbaratolos, huyeron, salió tras ellos al campo, y alanceó muchos. Eran tan valientes, que pusieron en aprieto á los nuestros; porque muchos dellos esperaban un caballo con sola espada y rodela, y peleaban con el caballero; y si no por un tlaxcalteca, prendian aquel día á Cortés, que cayó su caballo, de cansado, como habia gran pieza que peleaba. Llegó en esto la infantería española, y huyeron los enemigos. En la ciudad mataron dos españoles que se desmandaron solos á robar. No siguieron el alcance, sino tornáronse luego al lugar á descansar y cerrar lo roto de la calzada con piedras y adobes. Como en Méjico se supo esto, envió Cuahutimoc un gran batallon de gente por tierra, y dos mil barcas por agua, con doce mil hombres dentro, pensando tomar los españoles á manos en Xochmilco. Cortés se subió á una torre para ver la gente, y con qué orden venia, y por dónde combatirían la ciudad; maravillóse de tanto barco y gente, que cubrian agua y tierra. Repartió los españoles á la guarda y defensa del pueblo y calzada, y él salió á los enemigos con la caballería y con seiscientos tlaxcalte-

cas, que partió en tres partes, á los cuales mandó que, rompido el escuadron de los contrarios, se recogiesen á un cerro que les mostró, media legua léjos. Venian los capitanes de Méjico delante con espadas de fierro, esgrimiendo por el aire, y diciendo: «Aquí os mataremos, españoles, con vuestras propias armas.» Otros decian: «Ya murió Moteczuma; no tenemos á quién temer para no comer vivos.» Otros amenazaban á los de Tlaxcallan; y en fin, todos decian muchas injurias á los nuestros, y apellidando, «Méjico, Méjico, Tenuchtitlan, Tenuchtitlan,» andaban apriesa. Cortés arremetió á ellos con sus caballos, y cada cuadrilla de los de Tlaxcallan por su parte, y á puras lanzadas los desbarató; mas luego se ordenaron. Como vió su concierto y ánimo, y que eran muchos, rompió por ellos otra vez, mató algunos, y recogióse hácia el cerro que concertó; mas porque lo tenian ya tomado los contrarios, mandó á parte de los suyos que subiesen por detrás, y él rodeó lo llano. Los que arriba estaban huyeron de los que subian, y dieron en los caballos, á cuyos piés murieron en chico rato quinientos dellos. Descansó Cortés allí un poco, envió por cien españoles, y como vinieron, peleó con otro gran escuadron de mejicanos que venia detrás; desbarató tambien, y metióse en el lugar, porque lo combatian por tierra y agua reciamente, y con su llegada se retiraron. Los españoles que lo defendian mataron muchos contrarios, y tomaron dos espadas de las nuestras; víéronse en peligro, porque los apretaron mucho aquellos capitanes mejicanos, y porque se les acabaron las saetas y almacén. A penas se habian estos ido, cuando entraron otros por la calzada con los mayores gritos del mundo. Fueron á ellos los nuestros, y como hallaron muchos indios y mucho miedo, entraron por medio dellos con los caballos, y echaron infinitos al agua, y á los demás fuera de la calzada, y así se pasó aquel día. Cortés hizo quemar la ciudad, excepto donde posaban los suyos; estuvo allí tres días que ninguno dejó de pelear; partióse al cuarto, y fué á Culucan, que está dos leguas; salióronle al camino los de Xochmilco, mas él los castigó. Estaba Culucan despoblada, como otros muchos lugares de la laguna; mas porque pensaba poner por allí cerco á Méjico, que hay legua y media de calzada, se estuvo dos días derrocando ídolos, y mirando el sitio para el real, y donde poner los bergantines, que tuviesen buena guarida; dió vista á Méjico con docientos españoles y cinco de caballo; combatió una albarrada, y aunque se la defendieron reciamente, la ganó; mas hirieronle muchos españoles. Tornóse, con tanto, para Tezcuco, porque ya habia dado vuelta á la laguna y visto la disposicion de la tierra. Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y de otra parte; pero lo dicho es lo principal.

De la zanja que Cortés hizo para echar los bergantines al agua.

Quando Cortés á Tezcuco llegó, halló muchos españoles nuevamente venidos á seguirle en aquella guerra, que con grandísima fama comenzaba; los cuales habian traído muchas armas y caballos, y decian cómo todos los otros que en las islas estaban, morian por venir á serville, mas que Diego Velazquez lo impedía á

muchos. Cortés les hacía todo placer, y les daba de lo que tenía. Venían asimismo de muchos pueblos á ofrecerse, unos por miedo de no ser destruidos, otros por odio que á mejicanos tenían; y desta manera tenía Cortés buen número de españoles y grandísima abundancia de indios. El capitán de Segura de la Frontera envió á Cortés una carta que había recibido de un español; la cual en suma contenía:

«Nobles señores, dos ó tres veces os he escrito, y no he habido respuesta, creo ni desta la terné. Los de Culúa andan por esta tierra haciendo guerra y mal; hannos acometido, hémoslos vencido; esta provincia desea ver á Cortés y dársele; tiene necesidad de españoles; enviadle treinta.»

No le envió Cortés los treinta españoles que pedía, porque luego quería poner cerco á Méjico; mas respondió dándole gracias y esperanza que presto se verían. Era aquel español uno de los que Cortés enviara á Chinanta desde Méjico un año había, á calar los secretos de la tierra, y á descubrir oro y hacer granjerías; á quien el señor de aquella provincia hiciera capitán contra los de Culúa, sus enemigos, que le daban guerra por tener españoles consigo, desde que Motezuma murió; empero él quedaba siempre vencedor por industria y esfuerzo deste español; el cual, como supo que había españoles en Tepeacac, escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se dió sino esta. Mucho se alegraron los nuestros por estar vivos aquellos españoles, y Chinanta de su parte, y alababan á Dios de las mercedes que les hacía; no hablaban sino en cómo habían escapado estos españoles, pues cuando fueron echados de Méjico por fuerza, habían matado indios á todos los otros que en granjerías y minas estaban. Apresuraba Cortés el cerco, forneciéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir, y acarreado vituallas; dió muy gran priesa en clavar y acabar los bergantines, y una zanja para los echar á la laguna. Era la zanja larga cuanto media legua, ancha doce piés y mas, y dos estados honda donde menos; que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna, y tanto ancho para caber los bergantines. Iba toda ella chapada de estacas, y encima su valladar. Guióse por una acequia de regadío que los indios tenían; tardóse en hacer cincuenta días; hicieronla cuatrocientos mil hombres, que cada día destes cincuenta, trabajaban en ella ocho mil indios de Tezucó y su tierra; obra digna de memoria. Los bergantines se calafetearon con estopa y algodón, y á falta de sebo y saín aceite, que pez ya dije cómo la hicieron, los brearon, según algunos, con saín de hombre; no que para esto los matasen, sino de los que en tiempo de guerra mataran; inhumana cosa y ajena de españoles. Indios, que acostumbrados de sus sacrificios, son crueles, abrian el cuerpo muerto y le sacaban el saín. Como los bergantines estuvieron en agua, hizo Cortés alarde, y halló novecientos españoles, los ochenta y seis con caballos, los ciento y diez y ocho con ballestas y escopetas, y los demás con picas y rodelas ó alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traía. También llevaban algunos coquetes, y muchos corazas y jacos. Halló asimismo tres tiros gruesos de hierro colado, y quince pequeños de

bronce, con diez quintales de pólvora y muchas pelotas. Tanta fué la gente, armas y municion de España con que Cortés cercó á Méjico, el mas grande y fuerte lugar de las Indias y Nuevo-Mundo. Puso en cada bergantín un tirillo, y los otros fueron para el ejército. Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardasen y cumpliesen, y dijoles, mostrando con el dedo los bergantines que estaban en la zanja metidos:

«Hermanos y compañeros míos, ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y bien sabéis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto allí; muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á Méjico está en ellos; porque con ellos, ó quemaremos presto todas las barcas de la ciudad, ó las acorralaremos allá dentro en las calles; con lo cual haremos tanto daño á los enemigos, cuanto con el ejército de tierra; ca menos pueden vivir sin ellas que sin comer; cien mil amigos tengo para sitiar á Méjico, que son, según ya conocéis, los mas diestros y valientes hombres destas partes; para que no vos falte la comida está proveido cumplidísimamente. Lo que á vosotros toca es pelear como soleis, y rogar á Dios por salud y victoria, pues es suya la guerra.»

El ejército de Cortés para cercar á Méjico.

Hizo luego al siguiente día mensajeros á las provincias de Tlaxcallan, Huexocíncó, Chololla, Chalco y otros pueblos, para que todos viniesen dentro de diez días á Tezucó con sus armas y los otros aparejos necesarios al cerco de Méjico, pues los bergantines eran acabados ya, y estaba todo lo al á punto, y los españoles tan ganosos de verse sobre aquella ciudad, que no esperaban una hora mas de aquel tiempo que de plazo les daba. Ellos, porque no se pusiese el cerco en su ausencia, vinieron luego como les fué mandado, y entraron por ordenanza mas de sesenta mil hombres, la mas lucida y armada gente que podia ser, según el uso de aquellas partes. Cortés les salió á ver y recibir, y los aposentó muy bien. El segundo día de pascua de Espíritu Santo salieron todos los españoles á la plaza, y Cortés hizo tres capitanes como maestros de campo, entre los cuales repartió todo el ejército. A Pedro de Albarado, que fué uno, dió treinta de caballo, ciento y setenta peones, dos tiros de artillería y mas de treinta mil indios, con los cuales pusiese real en Tlaxcopan. Dió á Cristóbal de Olid, que era el otro capitán, treinta y tres españoles á caballo, ciento y ochenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil indios, con que estuviese en Culhuacan. A Gonzalo de Sandoval, que fué el otro maestro de campo, dió veinte y tres caballos, ciento y setenta peones, dos tiros y mas de cuarenta mil hombres de Chalco, Chololla, Huexocíncó y otras partes, con que fuese á destruir á Iztacpalapan, y luego á tomar asiento do mejor le pareciese para real. En cada bergantín puso un tiro, seis escopetas ó ballestas, y veinte y tres españoles, hombres casi los mas diestros en mar. Nombró capitanes y veedores dellos, y él quiso ser el general de la flota; de lo cual algunos principales de su compañía que iban por tierra, murmuraron, pen-

sando que corrian ellos mayor peligro; y así, le requirieron que se fuese con el ejército, y no en la armada. No curó Cortés de tal requerimiento; porque, allende de ser mas peligroso pelear por agua, convenia poner mayor cuidado en los bergantines y batalla naval, que no habían visto, que en la de tierra, pues se habían hallado en muchas; y así, se partieron Albarado y Cristóbal de Olid á 10 de mayo, y fueron á dormir á Acolman, donde tuvieron entrambos gran diferencia sobre el aposento; y si Cortés no enviara luego aquella noche una persona que los apaciguó, hubiera mucho escándalo y aun muertes. Durmieron el otro día en Xilotepec, que estaba despoblada. Al tercero entraron bien temprano en Tlaxcopan, que tambien estaba, como todos los pueblos de la costa de la laguna, desierto. Aposentáronse en las casas del señor, y los de Tlaxcallan dieron vista á Méjico por la calzada, y pelearon con los enemigos hasta que la noche los despartió. Otro día, que se contaron 13 de mayo, fué Cristóbal de Olid á Chapultepec, quebró los caños de la fuente, y quitó el agua á Méjico, como Cortés se lo mandara, á pesar de los contrarios que reciamente se lo defendían peleando por agua y tierra. Muy gran daño recibieron en quitarles esta fuente, que, como en otro lugar dije, bastecia la ciudad. Pedro de Albarado entendió en adobar los malos pasos para caballos, aderezando puentes y atapando acequias; y como había mucho que hacer en esto, gastaron allí tres días, y como peleaban con muchos, quedaron heridos algunos españoles y muertos hartos indios amigos, aunque ganaron ciertas puentes y albarradas. Quedóse Albarado allí en Tlaxcopan con su guarnición, y Cristóbal de Olid fué á Culhuacan con la suya, conforme á la instrucción que de Cortés llevaban. Hicieronse fuertes en las casas de los señores de aquellas ciudades, y cada día, ó escaramuzaban con los enemigos, ó se juntaban á correr el campo y á traer á sus reales centli, fruta y otras provisiones de los pueblos de la sierra, y en esto pasaron toda una semana.

La batalla y victoria de los bergantines contra los acalles.

El rey Cuahutimoc, luego que supo cómo Cortés tenía ya sus bergantines en agua y tan gran ejército para sitiarse á Méjico, juntó los señores y capitanes de su reino á tratar del remedio. Unos le incitaban á la guerra, confiados en la mucha gente y fortaleza de la ciudad; otros, que deseaban la salud y bien público, y que fueron de parecer que no sacrificasen los españoles cativos, sino que los guardasen para hacer las amistades, aconsejaban la paz. Otros dijeron que preguntasen á los dioses lo que querían. El Rey, que se inclinaba mas á la paz que á la guerra, dijo que habria su acuerdo y plática con sus ídolos, y les avisaria de lo que consultase con ellos; y á la verdad él quisiera tomar algun buen asiento con Cortés, temiendo lo que después le vino; empero, como vió los suyos tan determinados, sacrificó cuatro españoles que aun tenían vivos y enjauados á los dioses de la guerra, y cuatro mil personas, según dicen algunos; yo bien creo que fueron muchas, mas no tantas. Habló con el diablo en figura de Vitcilopuchtli; el cual le dijo que no temiese á los españoles, pues eran pocos, ni á los otros que con ellos venían, por cuanto no persevera-

rian en el cerco; y que saliese á ellos y los esperase sin miedo ninguno; ca él ayudaría y mataría sus enemigos. Con esta palabra que del diablo tuvo, mandó Cuahutimoc quitar luego las puentes, hacer baluartes, velar la ciudad y armar cinco mil barcas; y con esta determinacion y aparejo estaba, cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Albarado á combatir las puentes y á quitar el agua á Méjico; y no los temía mucho, antes los amenazaban de la ciudad, diciendo que contentarían los dioses con su sacrificio, y hartarían con la sangre las culebras, y con la carne los tigres, que ya estaban cebados con cristianos. Decían tambien á los de Tlaxcallan: «¡Ah cornudos, ah esclavos, oh traidores á vuestros dioses y rey: no vos quereis arrepentir de lo que haceis contra vuestros señores; pues aquí moriréis mala muerte; ca ó vos matará la hambre ó nuestros cuchillos, ó vos prenderemos y comeremos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se hizo; en señal y voto de lo cual os arrojamos allá esos brazos y piernas de hombres propios vuestros, que por alcanzar victoria sacrificamos; y después iremos á vuestra tierra, asolarémos vuestras casas, y no dejarémos casta de vuestro linaje.» Los tlaxcaltecas burlaban mucho de tales fieros, y respondían que les valdria mas darse que resistir á Cortés, pelear que bravear, callar que injuriar á otros mejores; y si querían algo, que saliesen al campo; y que tuviesen por muy cierto ser llegado el fin de sus bellaquerías y señorío, y aun de sus vidas. Era mucho de ver estas y semejantes hablas y desafíos que pasaban entre los unos indios y los otros. Cortés, que tenía aviso desto y de lo que mas cada día pasaba, envió delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Iztacpalapan, y él embarcóse para ir tambien allá. Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte, y los vecinos, con temor ó por meterse en Méjico, á salirse por otra y á recogerse á las barcas. Entraron los nuestros y pusieronle fuego. Llegó Cortés á la sazón á un peñol grande, fuerte, metido en agua, y con mucha gente de Culúa, que en viendo venir los bergantines á la vela hizo ahumadas; y que en teniendo-dolos cerca les dió grita y les tiró muchas flechas y piedras. Saltó Cortés en él con hasta ciento y cincuenta compañeros; combatiólo, ganóle las albarradas, que para mejor defensa tenían hechas. Subió á lo alto, pero con mucha dificultad, y peleó arriba de tal suerte, que no dejó hombre á vida, excepto mujeres y niños. Fué una muy hermosa victoria, aunque fueron heridos veinte y cinco españoles, por la matanza que hubo, por el espanto que á los enemigos puso y por la fortaleza del lugar. Ya en esto había tantos humos y fuegos al rededor de la laguna y por la sierra, que parecia arderse todo. Y los de Méjico, entendiendo que los bergantines venían, salieron en sus barcas, y ciertos caballeros tomaron quinientas de las mejores, y adelantáronse para pelear con ellos, pensando vencer, y si no, tentar á lo menos qué cosa eran navíos de tanta fama. Cortés se embarcó con el despojo, y mandó á los suyos estar quedos y juntos, por mejor resistir, y porque los contrarios pensasen que de miedo, para que sin orden ni concierto acometiesen y se perdiesen. Los de las quinientas barcas caminaron á mucha priesa; mas re-

pararon á tiro de arcabuz de los bergantines á esperar la flota; que les pareció no dar batalla con tan pocas y cansadas. Llegáronse poco á poco tantas canoas, que henchian la laguna. Daban tantas voces, hacian tanto ruido con atabales, caracoles y otras bocinas, que no se entendian unos á otros; y decian tantas villanías y amenazas, como dicho habian á los otros españoles y tlaxcaltecas. Estando pues así, cada cual armada con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines, tan favorable y á tiempo, que pareció milagro. Cortés entonces, alabando á Dios, dijo á los capitanes que arremetiesen juntos y á una, y no parasen hasta encerrar los enemigos en Méjico, pues era nuestro Señor servido darles aquel viento para haber victoria, y que mirasen cuánto les iba en que la primera vez ganasen la batalla, y las barcas cobrasen miedo á los bergantines del primer encuentro. En diciendo esto embistieron en las canoas, que con el tiempo contrario ya comenzaban de huir. Con el ímpetu que llevaban, á unas quebraban, á otras echaban á fondo; y á los que alzaban y se defendian, mataban. No hallaron tanta resistencia como al principio pensaban; y así, las desbarataron presto. Siguiéronlas dos leguas, y acorraláronlas dentro la ciudad. Prendieron algunos señores, muchos caballeros y otra gente. No se pudo saber cuántos fueron los muertos, mas de que la laguna pareció de sangre. Fué señalada victoria, y estuvo en ella la llave de aquella guerra, porque los nuestros quedaron señores de la laguna, y los enemigos con gran miedo y pérdida. No se perdieran así, sino por ser tantas, que se estorbaban unas á otras; ni tan presto, sino por el tiempo. Albarado y Cristóbal de Olid, como vieron la rota, estrago y alcance que Cortés hacia con los bergantines en las barcas, entraron por la calzada con sus haces. Combatieron y tomaron ciertas puentes y albarradas, por mas recio que se defendian; y con el favor de los bergantines que les llegó corrieron los enemigos una legua, haciéndolos saltar en la laguna á la otra parte, que no habia fustas. Tornáronse con esto, mas Cortés pasó adelante; y como no parecian canoas, saltó en la calzada que va de Iztacpalapan, con treinta españoles, combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas de cal y canto, á do le recibió Moteczuma. Ganólas, aunque con harto peligro y trabajo; ca los que dentro estaban eran muchos y las defendian bien. Hizo luego sacar tres tiros para ojear los enemigos, que cubrian la calzada y que estaban muy rehacios y recios de echar. Tiraron una vez, y hicieron mucho daño; mas como se quemó la pólvora por descuido del artillero, y por ya la puesta del sol, cesaron de pelear los unos y los otros. Cortés aunque otra cosa tenia pensada y acordada con sus capitanes, se quedó allí aquella noche. Envió luego por pólvora al real de Gonzalo de Sandoval, y por cincuenta peones de su guarda, y por la mitad de la gente de Culhuacan.

Cómo puso Cortés cerco á Méjico.

Estuvo Cortés aquella noche á tan gran peligro como temor, porque no tenia mas de cien compañeros, ca los otros en los bergantines eran menester, y porque hacía la media noche cargaron sobre él mucha cantidad de ene-

migos en barcas y por la calzada, con terrible grito y flechería; pero mas fué el ruido que las nueces, aunque fué novedad, porque no acostumbran pelear á tal hora. Dicen algunos que por el daño que recibian con los tiros de los bergantines se volvieron; á la que amanecía llegaron á Cortés ocho de caballo, y hasta ochenta peones de los de Cristóbal de Olid, y los de Méjico comenzaron luego á combatir las torres por agua y tierra, con tantos gritos y alaridos como suelen; salió Cortés á ellos, corriólos la calzada adelante, y ganóles una puente con su baluarte, y hízoles tanto daño con los tiros y caballos, que los encerró y siguió hasta las primeras casas de la ciudad; y porque recibia daño y le herian muchos desde las canoas, rompió un pedazo de la calzada por junto á su real para que pasasen cuatro bergantines de la otra parte; los cuales, á pocas arremetidas, acorralaron las canoas á las casas, y así quedó señor de ambas lagunas. Otro dia partió Gonzalo de Sandoval de Iztacpalapan para Culhuacan, y de camino tomó y destruyó una pequeña ciudad que está en la laguna, porque salieron á pelear con él. Cortés le envió dos bergantines para que por ellos, como por puente, pasase el ojo de la calzada, que habian roto los enemigos; dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y fuése para Cortés con diez de caballo; hallóle revuelto con los de Méjico, apeóse á pelear, y atravesáronle un pié con una vara. Otros muchos españoles quedaron aquel dia heridos, mas bien se lo pagaron sus enemigos; ca de tal manera los trataron, que de allí adelante mostraban mas miedo y menos orgullo que solian. Con lo que hasta aquí habia hecho, pudo Cortés muy á su placer asentar y ordenar su gente y real en los lugares que mejor le pareció, y proveerse de pan y de otras muchas cosas necesarias; tardó en ellos seis dias, que ninguno pasó sin escaramuza, y los bergantines hallaron canales para navegar al rededor de la ciudad, que fué cosa muy provechosa; entraron muy adentro de Méjico, y quemaron muchas casas por los arrabales. Cercóse Méjico por cuatro partes, aunque al principio se determinó por tres; Cortés estuvo entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas. Pedro de Albarado en Tlacopan, Cristóbal de Olid en Culhuacan, y Gonzalo de Sandoval creo que en Xaltoca, porque Albarado y otros dijeron que por aquel cabo se saldrian los de Méjico viéndose en aprieto, si no guardaban una calzadilla que iba por allí. No le pesara á Cortés dejar salida al enemigo, en especial de lugar tan fuerte, sino porque no se aprovechase de la tierra, metiendo por allí pan, armas y gente; ca pensaba él aprovecharse mejor de los contrarios en tierra que en agua, y en cualquiera otro pueblo que no en aquel, y porque dicen: «A tu enemigo, si huye, hazle la puente de plata.»

La primera escaramuza dentro en Méjico.

Quiso Cortés un dia entrar en Méjico por la calzada y ganar cuanto pudiese de la ciudad, y ver qué ánimo ponian los vecinos; mandó decir á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval que cada uno acometiese por su estancia, y á Cristóbal de Olid que le enviase ciertos peones y algunos de caballo, y que con los demás guardase la entrada de la calzada de Culhuacan de los de

Xochmilco, Culhuacan, Iztacpalapan, Vitcilopuchtlí, Mexicalcincó, Cuittlabac, y otras ciudades allí al rededor, aliadas y sujetas; no le entrasen por detrás; mandó asimesmo que los bergantines fuesen á raíz de la calzada, haciéndole espaldas por entrambos lados. Salió pues de su real muy de mañana con mas de docientos españoles y hasta ochenta unit amigos, y á poco trecho halló los enemigos bien armados y puestos en defensa de lo que tenian quebrado de la calzada, que seria cuanto una lanza en largo y otra en hondo. Peleó con ellos, y defendiéronse muy gran pieza detrás de un baluarte; al fin les ganó aquello y los siguió hasta la entrada de la ciudad, donde habia una torre, y al pié della una puente muy grande alzada, con muy buena albarrada; por debajo de la cual corria gran cantidad de agua. Era tan fuerte de combatir y tan temeroso de pasar, que la vista sola espantaba, y tiraban tantas piedras y flechas, que no dejaban llegar á los nuestros; todavía lo combatió, y como hizo llegar junto los bergantines por la una parte y por la otra, lo ganó con menor trabajo y peligro que pensaba; lo cual fuera imposible sin ayuda dellos; como los contrarios comenzaron á dejar la albarrada, saltaron en tierra los de los bergantines, y luego pasó por ellos y á nado el ejército. Los de Tlaxcallan, Huexocineo, Chololla y Tezcuco cegaron con piedra y adobes aquella puente. Los españoles pasaron adelante y ganaron otra albarrada que estaba en la principal y mas ancha calle de la ciudad; y como no tenia agua, pasaron fácilmente, y siguieron los enemigos hasta otra puente, la cual estaba alzada y no tenia mas de una sola viga; los contrarios, no pudiendo pasar todos por ella, pasaron por el agua á mas andar, por ponerse en salvo. Quitaron la viga y pusiéronse á la defensa; llegaron los maestros y estancaron, como no podian pasar sin echarse al agua, lo cual era muy peligroso sin tener bergantines; y como desde la calle y baluarte, y de las azoteas peleaban con mucho corazon y les hacian daño, hizo Cortés asestar dos tiros á la calle, y que tirasen á menudo las ballestas y escopetas. Recibian con esto mucho daño los de la ciudad, y alojaban algo de la valentía que al principio tenian; los nuestros lo conocieron, y arrojáronse ciertos españoles al agua, y pasáronla; como los enemigos vieron que pasaban, desampararon las azoteas y la albarrada, que habian defendido dos horas, y huyeron. Pasó el ejército, y luego hizo Cortés á sus indios cegar aquella puente con los materiales de la albarrada y con otras cosas; los españoles con algunos amigos prosiguieron el alcance, y á dos tiros de ballesta hallaron otra puente, pero sin albarrada, que estaba junto á una de las principales plazas de la ciudad; asentaron allí un tiro con que hacian mucho mal á los de la plaza; no osaban entrar dentro, por los muchos que en ellas habia; mas al cabo, como no tenian agua que pasar, determinaron de entrar; viendo los enemigos la determinacion puesta en obra, vuelven las espaldas, y cada uno echó por su parte, aunque los mas fueron al templo mayor; los españoles y sus amigos corrieron en pos dellos. Entraron dentro, y á pocas vueltas los lanzaron fuera, que con el miedo no sabian de sí. Subieron á las torres, derribaron muchos ídolos, y anduvieron un rato por el patio. Cuahutimoc reprehendió mucho HA.

á los suyos porque así huyeron; ellos tornaron en sí, reconocieron su cobardía; y como no habia caballos, revolviéron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el círculo del templo, y les hicieron huir gentilmente. Cortés y otros capitanes los detuvieron y les hicieron hacer rostro debajo los portales del patio, diciendo cuánta vergüenza les era huir. Mas en fin, no pudieron esperar viendo el peligro y aprieto en que estaban, ca los aquejaban reciamente. Retiráronse á la plaza, donde quisieran rehacerse; mas tambien fueron echados de allí; desampararon el tiro que poco antes dije, no pudiendo sufrir la furia y fuerza del enemigo. Llegaron á esta sazón tres de caballo, y entraron por la plaza alanceando indios; como los vecinos viesan caballos, comenzaron á huir y los nuestros á cobrar ánimo, y á revolver sobre ellos con tanto ímpetu, que les tornaron á ganar el templo grande, y cinco españoles subieron las gradas y entraron en las capillas, y mataron diez ó doce mejicanos que se hacian fuertes allí, y tornáronse á salir. Vinieron luego otros seis de caballo, juntáronse con los tres, y ordenaron todos una celada, en que mataron mas de treinta mejicanos. Cortés entonces, como era tarde y estaban los suyos cansados, hizo señal de recoger. Cargó tanta multitud de contrarios á la retirada, que si por los de caballo no fuera, peligraran hartos españoles, porque arremetian como perros rabiosos sin temor ninguno, y los caballos no aprovecharan si Cortés no tuviera aviso de allanar los malos pasos de la calle y calzada. Todos huyeron y pelearon muy bien; que la guerra lo lleva. Los nuestros quemaron algunas casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrasen no recibiesen tanto daño con piedras, que de las azoteas les tiraban. Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado pelearon muy bien por sus cuarteles.

El daño y fuego de casas.

Andaba en este tiempo don Fernando de Tezcuco por su tierra visitando y atrayendo sus vasallos al servicio y amistad de Cortés, que para esto se quedó; y con su maña, ó porque á los españoles les iba prósperamente, atrajo casi toda la provincia de Culhuacan, que señorea Tezcuco, y seis ó siete hermanos suyos, que mas no pudo, aunque tenia mas de ciento, segun después se dirá; y á uno dellos que llamaban Iztlixuchihl, mancebo esforzado y de hasta veinte y cuatro años, hizo capitán, y envióle al cerco con obra de cincuenta mil combatientes muy bien aderezados y armados. Cortés lo recibió alegremente, agradeciéndole su voluntad y obra. Tomó para su real treinta mil dellos, y repartió los otros por las guarniciones. Mucho sintieron en Méjico este socorro y favor que don Fernando enviaba á Cortés, porque lo quitaba á ellos, y porque venian allí parientes y hermanos, y aun padres de muchos que dentro en la ciudad estaban con Cuahutimocin. Dos dias después que Iztlixuchihl llegó, vinieron los de Xochmilco y ciertos serranos de la lengua que llaman otomitl, á darse á Cortés, rogando que les perdonase la tardanza, y ofresciendo gente y vitualla para el cerco. El holgó mucho con su venida y ofrescimiento, porque siendo aquellos sus amigos, estaban seguros los